HOMENAJE A ERNESTO GARZÓN VALDÉS
LAUDATIO

Francisco J. Laporta
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN. Este trabajo recoge una *laudatio* del profesor Ernesto Garzón Valdés, con ocasión del homenaje que se celebró en Alicante, en su 80 aniversario.

Palabras clave: Ernesto Garzón Valdés.

ABSTRACT. This paper is a *laudatio* on the occasion of the homage to professor Ernesto Garzón Valdés, which was celebrated in Alicante on his 80th anniversary.

Keywords: Ernesto Garzón Valdés.

Hace algunos años, Ernesto GARZÓN VALDÉS llamó mi atención sobre un verso contenido en un poemario indígena mexicano que hablaba de esta manera: «Hemos llegado aquí para vernos los rostros». «Aquí», naturalmente, no era un lugar cualquiera o una ocasión especial. «Aquí» era la vida, la tierra. Estamos en la vida, vivimos, venía a decir el poeta, para vernos los rostros. Y el verso —me sugería Ernesto— trataba de encontrar un sentido a la vida a partir de los rostros que a uno le era dado ver. Quienes no creemos que la vida individual tenga un sentido pensado por providencia alguna, ni obedezca a ningún diseño, ni esté guiada de antemano de algún propósito, hemos de construir con trabajo y penurias, día a día, un proyecto personal que esté al menos dentro de los límites de la decencia. Y para ello son de gran importancia los rostros que nos ha tocado ver. Creo poder afirmar que mi peripecia vital es algo mejor porque un cierto día, hace ya más de treinta años, me fue dado ver el rostro de Ernesto GARZÓN VALDÉS. Esto no es, como ustedes comprenderán, una mera anotación personal mía, que a nadie interesaría. Lo menciono sólo para prender un hilo casi invisible que me va a poner en el centro de lo que aquí vale la pena mostrar. Porque ese hilo quiere ser una vereda muy directa hacia la personalidad de Ernesto como profesor, como pensador, como alguien que piensa en español. Enseguida voy a referirme al contenido de ese pensamiento y a su gran capacidad de sugestión, pero antes quisiera caminar un trecho de esa vereda más personal, porque creo que sin hacerlo apenas entenderíamos nada. Porque uno podría limitarse a enumerar, como si de una serie de empresas se tratara, todas las colecciones, bibliotecas, editoras, revistas y reuniones y seminarios que han venido a la luz de la mano de Ernesto. O todos sus libros y artículos académicos. Y de seguro que eso bastaría para justificar este homenaje y este reconocimiento de todos. Bastaría para respaldar de un modo serio, impresionante diría yo, que su figura fuera tenida ya como la de uno de los más grandes intelectuales de habla hispana en el mundo contemporáneo.

Pero seguro que ustedes no me perdonarían que les recitara aquí paso por paso todo el *currículum* de Ernesto, con todos sus doctorados *honoris causa* y la impresionante nómina de sus actividades y publicaciones. Todo eso tiene una innegable importancia, y ahí está. Sin embargo es difícil de comprender plenamente si no volvemos a aquel misterioso hilo personal que tiñe todo eso de un color muy definido que le confiere la auténtica impronta Ernesto GARZÓN VALDÉS. Porque pueden encontrarse por ahí académicos y colegas que organizan, trajinan, montan y desmontan, crean y destruyen, editoras, colecciones, congresos y escuelas de todo tipo, sin que aquello tenga sin embargo ningún espíritu interior, sin que se le puede encontrar ningún sentido profundo ni ningún alma. Ernesto GARZÓN puede, por el contrario, viajar a su Córdoba natal, a Buenos Aires, a Alicante, a Madrid, a Barcelona, a México distrito federal, a Génova, y por supuesto a Alemania y a otros muchos sitios, puede viajar digo (y de hecho lo hace incesantemente) para encontrar allí siempre y en todo caso un grupo de amigos que le quieren, le respetan, participan y discuten sus ideas y se sienten moralmente comprometidos con sus cosas y sus causas. Este misterioso tejido de relaciones personales hondas es lo que ha sabido crear de un modo admirable Ernesto, y es lo que da un perfil muy definido a su vida y a su obra de intelectual. Voy a tratar de traducir en palabras eso que percibo y siento, que perciben y sienten todos esos amigos que tienen la

fortuna de formar parte de esa misteriosa red. Supongo que faltarán en estas palabras mías muchas de las connotaciones y registros que se experimentan y sienten cuando uno está, por así decirlo, involucrado en ese tejido de admiración, vocación, trabajo y amistad que destila a su alrededor Ernesto, que crea Ernesto con su manera de ser.

En primer lugar, creo poder afirmar que en el empeño intelectual de Ernesto GARZÓN VALDÉS hay un muy profundo compromiso moral, un trasfondo básico en el que alienta una suerte de impulso ético de fondo que anima toda su inquietud y su actividad. No se trata aquí de invocar en vano, una vez más, el santo nombre de la ética. Sobre todo porque Ernesto mismo es muy pudoroso con estos temas. Pero me parece fuera de toda duda que para él, incrementar el espíritu universitario libre, fomentar la mejora de la calidad científica y filosófica de nuestras facultades, animar las discusiones sobre la base de la racionalidad y la tolerancia y empujar a los jóvenes al estudio y la reflexión, forman parte de un deber moral profundamente sentido. Quizás es una herencia particular, ecos todavía de aquel lejano movimiento de reforma universitaria de su Córdoba natal, del que su padre formó parte, y que se propuso la reforma de la universidad latinoamericana como un empeño moral. Quizás provenga de otras fuentes escondidas que yo desconozco, pero tengo, desde luego, la seguridad personal de que ese afán de mejora y rigor, ese afable modo de apremiar el trabajo propio y el ajeno, esa incansable inventiva para idear plataformas de cultura, reflexión y debate, tienen siempre en él una motivación moral subyacente.

En segundo lugar, está naturalmente esa capacidad inmensa de trabajo: incansable, compulsiva. Roza, si es que no traspasa, los límites de la adicción patológica. Todavía recuerdo un día en el que habíamos estado en el acto de lectura de la tesis doctoral de José MARTÍNEZ DE PISÓN, el actual Rector de la Universidad de La Rioja, en Zaragoza. Era una excelente tesis sobre HUME, que había dirigido él. Yo presidía el tribunal. Catorce horas después de haber salido de casa, tomamos el tren de vuelta a Madrid. «Mira que bien —pensé yo— ahora un par de horas de esa charla tan vivaz y amena que tiene Ernesto». Me equivoqué. A pesar de la paliza que teníamos encima, echó mano a su voluminosa cartera y extrajo de ella las pruebas de imprenta de algo que había traducido Ruth ZIMMERLING, su mejor discípula alemana, me dio a mí las pruebas y se puso él a leer el original. Así transcurrió nuestro ameno paseo hasta Madrid. Trabajando. Esta anécdota, por cierto, pone de manifiesto ese rasgo de su laboriosidad infinita, pero también revela otra cosa aún más insólita pero muy propia de la manera de ser de Ernesto. ¿Cuántas veces han visto ustedes a un gran catedrático de universidad, consagrado como él o sin consagrar, corregir las pruebas de los trabajos de sus discípulos?

Esto me lleva al tercer rasgo de carácter de Ernesto relevante para esta laudatio. Me refiero, naturalmente, a algo que saben bien todos los que le conocen, y deben saber los que no le conocen. Se trata de su generosidad sin límites, su afán de cooperación y ayuda intelectual y personal, su maravillosa destreza para empujarte, animarte, su afabilidad y bonhomía de todos los días, de todas las llamadas, esas llamadas que te hace sólo para «oír tu voz», para preguntarte delicadamente si has hecho ya lo que tenías que hacer, si vas a ir dónde tienes que ir o si puedes hacer cualquier cosa. Y para saber de ti, de los tuyos, y mandar cariños a todos. En esa liberalidad con su persona, su talento y su tiempo se sustenta también lo mucho que Ernesto ha hecho y lo mucho que le debemos tantos.

Y por último, está su inacabable curiosidad científica y cultural. No sólo en el tiempo, sino también en el espacio. No sólo no es de esos que llegada una edad se dedican, como suelen decir, a releer. No. Ernesto está siempre con el libro reciente, la discusión de hoy, las últimas revistas, siguiendo el camino de la filosofía moral y política al día, con lo que eso supone. Decía don Pedro LAÍN que el auténtico maestro no es aquel que sólo genera discípulos, sino aquel que aprende de ellos, que se transforma así en discípulo de sus propios discípulos. Esto encaja a la perfección con el talante académico de Ernesto. Siempre siguiendo las últimas cosas, leyendo, corrigiendo, estudiando aquello que escriben sus jóvenes colegas. Y su curiosidad, como es sabido, se extiende también, por así decirlo, en el espacio: le interesa todo. Es conocida su faceta de profundo hombre de letras, que lo mismo rescata un texto de Garcilaso o Calderón, que te envía a ver una iglesia románica, o te recuerda un libro sobre la historia del purgatorio.

Pero lo importante es, naturalmente, que esa persona singular y extraordinaria que es Ernesto pone a contribución sus capacidades y su rico legado personal y académico para impulsar el pensamiento social, jurídico y ético en la comunidad hispanohablante. Y de ese impulso y de ese pensamiento convendrá hablar un poco ahora. Ésa es la mejor justificación de este acto y el mejor apoyo a cualquier alabanza que de él se haga. Voy, por tanto, ahora a dirigir una breve mirada reconstructiva a algunos «espacios» de su pensamiento con el fin de poner este homenaje en su contexto adecuado. Pese a la manifiesta preferencia de Ernesto por el ensayo breve, de carácter conceptual o reflexivo, por la división y fragmentación de los problemas en cuestiones diferenciadas, y por los enfoques sectoriales, disponemos ya de algunas importantes y conocidas recopilaciones de sus trabajos. A partir de ellas voy a intentar un breve acercamiento a ese modo especial de incitar a pensar que ha protagonizado entre nosotros Ernesto, aunque él muchas veces no lo crea o incluso no lo sepa. Dividiré los temas en tres grandes espacios, y veré de señalar, en cada uno de ellos, algunas de sus ideas vivas.

El primero de esos espacios contendría la filosofía y la teoría del Derecho en sentido estricto, y cabría hablar en él de algunas aportaciones fundamentales. Para empezar, desde luego, la teoría alemana de la naturaleza de la cosa como forma del pensamiento jurídico, que trató en la posguerra europea de recuperar un lugar para el Derecho natural, quedaba en su libro clásico tan desacreditada que en el pensamiento jurídico español no ha vuelto a levantar cabeza. Y no es inoportuno recordar a este respecto que una interesante compilación realizada por Ernesto mismo, con el título *Derecho y filosofía,* quince años después, arrancaba de esa filosofía alemana de posguerra como intento de superar el positivismo jurídico, al que se hacía responsable de la barbarie nazi, para afirmar con toda contundencia que «la explicación de la arbitrariedad legal durante la época nacional-socialista a través de la actitud juspositivista de los juristas es histórica y conceptualmente falsa». Aquel estudio preliminar desarboló completamente la conocida como «reductio ad Hitlerum» del positivismo jurídico. También esa vieja letanía quedaba así excluida del pensamiento jurídico español.

No es cuestión de descender aquí a pormenores teóricos, pero algunos capítulos imprescindibles de la reflexión jurídica del siglo XX han sido tratados por Ernesto GARZÓN de un modo nuevo y estimulante. Mencionaré, por ejemplo, que fue él uno de los primeros en prevenir a la comunidad científica de habla hispana sobre la gran ambigüedad que portaba la categoría teórica de la «validez jurídica», sobre la que se habían

sustentado en gran medida las reflexiones del positivismo de habla española. O también sus repetidas incursiones en el gran tema de la separación entre Derecho y moral, que a pesar de contar con una respetable edad de más de dos siglos, ha adquirido estos últimos años una inusitada vigencia en conexión con las reflexiones sobre el Derecho y la razón práctica. Ernesto ha sido uno de los que ha mantenido con más ingenio posturas nuevas al respecto, que como ustedes comprenderán, no es este momento ni lugar para comentar.

Mencionaré por último en este apartado de la teoría del Derecho en sentido lato, la aportación seminal al problema de las limitaciones legales del soberano legal, un problema en el que se mezclan con sutileza y misterio dimensiones lógicas, dimensiones jurídicas y dimensiones políticas, y que recibe por su parte un tratamiento que a mi juicio todavía no ha sido superado, como se demuestra por al menos dos tesis doctorales que se han hecho a partir de él (una en Córdoba y otra en Barcelona) y que continúan en su estela, por así decirlo, pero no ofrecen ninguna respuesta alternativa.

El segundo gran capítulo en el que divido su obra, simplemente para dar cuenta de ella, es seguramente el que más facetas de la personalidad de Ernesto pone a contribución. Se trata quizás de su gran pasión existencial: el destino de América Latina, y especialmente, claro está, el destino de Argentina. En esa pasión se entrelazan, como digo, su curiosidad intelectual general, su vocación de filósofo, su sentido sincero y profundo de su patria, incluso su condición de miembro del Servicio Exterior de su país. Como un ingrediente cruel que amalgama quizás todo eso y proyecta una especial fuerza sobre este gran capítulo de su vida y su obra, está además su largo y prolongado exilio, injusto a todas luces, que le hace vivir con el hondo pesar de que su patria ha prescindido de él. «Prescindir de los mejores» fue el motto de un escrito colectivo dirigido al país cuando los militares argentinos y los siniestros lacayos de la triple A culminaron la vesania de perseguirlo hasta expulsarlo de su patria. Aquí su obra importante es *El velo de la ilusión* (2000). Es un libro autobiográfico, pero también es un libro con sustancia conceptual y teórica. Pero lo que siempre me interesó más de él no es eso, con ser importante, sino la paradoja que se suscita como consecuencia del papel que va incorporando el héroe del libro, «Félix Ahumada», cuando adopta ante la realidad de su país una posición lúcida que trata de ver cara a cara la auténtica verdad que se oculta tras la trama que se teje en la imaginación colectiva. La paradoja es que a medida que el patriota lúcido va señalando los problemas auténticos de la realidad, sus conciudadanos ilusos le van haciendo el vacío hasta tornarlo casi invisible a él. La ilusión se va tornando así en realidad y la realidad se hace más y más invisible, y con ella el patriota que tiene la decencia de señalar hacia ella. Cuando el peronismo opera aquella delirante mitificación de la realidad, Ernesto, que por educación, curiosidad y carácter hubo de distanciarse de aquella especie de melopea nacional, empieza a sentirse ignorado. «En no poca medida, escribe allí Ernesto, Félix se sentía formando parte de una Argentina invisible». Ese profundo y largo sufrimiento que va a suponer para él saberse ignorado e inexistente para sus compatriotas no le ha llevado nunca, en todo caso, a condescender con ninguna mitificación u ocultación de la lacerante realidad de su país. Todavía no hace mucho tiempo publicaba en el diario *La Nación* un artículo titulado «Un país de Neanderthal», en el que avisaba de los peligros de continuar por la senda de las ilusiones y de los incesantes velos con los que los argentinos han tratado, según él, de interpretar y mitificar su historia.

No quiero sugerir con estos comentarios que la posición de Ernesto ante los problemas latinoamericanos o, en especial, ante los problemas argentinos, sea producto de una sentimentalidad herida. Más bien al contrario, esa lucidez que emana de sus incesantes análisis de aquella realidad se superpone tercamente a su sentimiento sin dejarle, creo, descansar. El libro que comento no es una pura obra de imaginación espontánea y aislada: va escoltado por decenas de artículos y ensayos sobre el poder militar, el caudillaje y las dictaduras, la emigración, las funciones del Derecho en esos países, el papel de las clases medias allí, la nueva democracia argentina, y un largo etcétera. Su cátedra de ciencia política de la universidad de Mainz se ha sustentado también en el estudio de la realidad americana, de la que es un consumado especialista. Y va acompañado también por una actitud genérica que yo estimo muy novedosa en ese mundo social, político e intelectual, y que sin embargo no es valorada suficientemente. Me refiero a su particular decisión sobre la ubicación de la responsabilidad de todos los fracasos latinoamericanos en sus mismos habitantes y no en fuerzas ajenas a ellos. En efecto, con demasiada frecuencia se ha cedido a la tentación bienpensante de lo que podría llamarse un ejercicio de traslado de la responsabilidad. Sin que quepa suponer que Ernesto GARZÓN no sabe muy bien cuál ha sido, por ejemplo, la política de los Estados Unidos respecto de América Latina, o la práctica moral de la Iglesia católica, sin embargo, se siente inclinado a pensar que la responsabilidad de los grandes fracasos del continente se debe también a sus propios habitantes, sobre todo a algunas clases corruptas, desaprensivas y hueras que ahora, por ejemplo, se escandalizan con las políticas de Chávez o de Evo Morales cuando no han levantado un dedo por integrar en sus comunidades a cuantos ahora se sienten representados por tales políticos.

El tercer gran espacio reflexivo que propongo para estudiar a Ernesto GARZÓN es el más amplio, y está dedicado a problemas de filosofía moral y filosofía política en sentido estricto y a temas teóricos e institucionales ligados a ellas. Una pequeña parte de esas ricas exploraciones filosóficas cristaliza en dos libros importantes; el primero, fruto de las primeras conferencias Aranguren, es el titulado *Instituciones suicidas,* publicado el año 2000. Versa sobre los límites intrínsecos de las instituciones que se pretenden basar sólo en la justicia procedimental. El segundo, titulado *Calamidades,* es una sabia reflexión sobre temas mayores, en los que las cuestiones éticas y políticas se entremezclan con gran complejidad: las llamadas intervenciones éticas humanitarias, las políticas de uniformación o limpieza étnica, el terrorismo de Estado, el terrorismo no institucional, la corrupción y la guerra. Estas grandes calamidades, que son, según Ernesto, algo distinto de las catástrofes, encuentran en el libro disecciones conceptuales y argumentaciones sutiles que las hacen presentarse ante nosotros con un nuevo rostro.

Pero no conviene limitarse a esto simplemente porque haya adquirido la forma un poco más seria y formal de «libro». Nuestro querido autor ha desarrollado, en una forma que pudiéramos llamar «exploraciones tentativas» o «ensayos» muchos de los grandes problemas de la teoría ética y política contemporánea, y no pocas cuestiones que se encuentran entre las más debatidas de esas disciplinas. En todas esas tentativas, Ernesto ha aportado ideas y sugerencias que siempre tienen algo nuevo y decisivo. Me parece que la mayoría de los temas en que ha realizado esas incursiones sectoriales han adquirido después de su tratamiento un estatus diferente. Creo, en efecto, que de sus artículos se puede pensar con frecuencia que marcan un hito entre un antes y un después, y que no es fácil después de haberlos leído, prescindir de ellos en el tratamiento

de esas cuestiones. No quiero sugerir, exageradamente, que son la última palabra de nada; lo que afirmo es que no se puede continuar el camino sin haber pasado por los lugares que él ha descubierto y explorado. Esto me parece una verdad indudable en casos, por ejemplo, como la noción de estabilidad de los sistemas políticos, la desobediencia civil, el paternalismo jurídico y su justificación, los límites de la democracia y el famoso «coto vedado», los deberes positivos generales, el concepto de tolerancia, y el llamado «multiculturalismo» y sus implicaciones actuales. Por no mencionar otros asuntos más frecuentados, por así decirlo: las relaciones entre la ética y la política, la noción de legimitidad y legitimación, o el concepto de responsabilidad. No puedo, obviamente, detenerme en ellos, pero quiero afirmar que el tratamiento que reciben de la pluma y el pensamiento de Ernesto GARZÓN es especialmente relevante, y muchas veces muy concluyente.

Quizás por esa tendencia suya personal en favor del ensayo más que del tratamiento sintético y cerrado de un tema amplio, el propio Ernesto ha dejado a veces deslizarse la idea de que su vida y su obra parecen más bien un borrador que un proyecto acabado. En ocasiones a través de su personaje Félix Ahumada, en ocasiones de su propia boca, algunos hemos oído, en efecto, como una especie de queja por la supuesta dispersión que ha tenido su universal curiosidad. Vista esa vida en perspectiva, sin embargo, el comentario, que a veces tiene algo de lamentación, carece de fundamento. Y no porque todos los ensayos y tentativas que con tanta laboriosidad e inteligencia ha urdido encajen como las piezas de un puzzle, porque esto sería una pretensión simplista y una visión trivial de algo que es mucho más hondo. Es más bien porque en todas ellas habita un aliento de mejora y de rigor que ha sabido transmitir y compartir con pequeños grupos de gentes aquí y allí, gentes que se consideran en parte como algo cuyo sentido también se debe a su generosa e inteligente personalidad. Gentes que parecen haber venido hasta aquí para ver su rostro. Y cuando se contempla desde esa perspectiva, su vida y su obra aparecen, no como un proyecto borroso y arbitrario, sino como una obra de arte viva, fecunda, de la que forman parte, no sólo las ideas y las experiencias, sino también las personas y los trabajos que de un modo misterioso, directa o indirectamente, parecen enlazar con su fértil y profunda manera de ser. Gracias, Ernesto, por todo ello.